



Sofía y el jardín de las buenas acciones

En un pueblo rodeado de prados vivía Sofía, una niña de seis años que soñaba con ayudar a todas las personas que pudiera.

Una tarde vio a una vecina mayor intentando reparar la valla de su jardín. Sofía corrió a ayudarla y, con un pequeño martillo y muchas ganas, trabajó junto a ella.

—Gracias, eres muy amable —dijo la mujer.

Aquella experiencia le dio una idea: crearía el Jardín de las Buenas Acciones, donde cada flor representaría una ayuda.

Cada mañana buscaba una manera de ser útil. Ayudó al cartero cuando llevaba demasiadas cartas, preparó galletas para los bomberos y compartió juguetes con otros niños.

Por cada gesto plantaba una flor: tulipanes por ayudar a los vecinos, margaritas por compartir y rosas por leer cuentos a los mayores de la residencia.

El jardín creció y se hizo famoso. Personas de todo el pueblo acudían a conocerlo y comprendían que cualquiera podía marcar una diferencia, tuviera la edad que tuviera.



La alcaldesa quedó tan impresionada que creó el Día de las Buenas Acciones. En esa fecha, todos los habitantes dedicaban unas horas a ayudar a los demás.

El jardín de Sofía floreció con plantas, amistad y agradecimiento. Ella comprobó que su sueño de mejorar el mundo era posible, un pequeño gesto cada vez.

Enseñanza del cuento

No hace falta realizar grandes hazañas para ayudar. Las acciones pequeñas y constantes pueden inspirar a toda una comunidad.